

## Conferencia

leída por el socio señor don Elias Leiva, profesor de Geografía é Historia, sobre "un viaje á la región del General, Térraba y Boruca."

SEÑORAS Y SEÑORES:

Al hacer uso de la palabra en este cultísimo centro de la intelectualidad costarricense, no voy á abordar ningún problema de importancia social ó científica de esos que á menudo suelen ocupar con justicia vuestra atención; no voy á regalaros tampoco con una de esas brillantes producciones que han amenizado y amenizarán en lo futuro las veladas del ATENEO. Ajeno como soy á las labores de imaginación, no encontraréis en el curso de mi trabajo las flores con que se engalana el pensamiento cuando se cristaliza en el humano verbo; profano como soy en el culto de lo bello no podría presentaros otras bellezas que las que ofrece la parte del suelo costarricense que habré de describiros.

SEÑORES:

Hay una región del territorio de Costa Rica que permanece ignorada aún por la mayor parte de vosotros; hay allí una naturaleza que no ha sido jamás contemplada por el ojo del artista, una tierra de promisión que sólo se conoce de oídas y que espera todavía al nuevo Moisés que ha de conducir á ella las corrientes de la inmigración nacional. Hay una población que aún se mantiene libre de las concupiscencias que engendra nuestra vida en las luchas por el dinero y el poder, una población que se mantiene como ejemplo vivo del vigor de una raza casi extinguida y bastante menospreciada por los que han olvidado la historia de nuestros orígenes, raza, en fin, que conserva como en su germen el tesoro de muchas virtudes que ostentamos nosotros con orgullo en la fidelidad de nuestras esposas, en la simpatía de nuestras damas y en la sencillez casi patriarcal de nuestros campesinos.

La región á que me refiero se ha comenzado á estudiar científicamente por algunos profesores extranjeros al servicio de Costa Rica, y se conoce con los nombres de El General, Buenos Aires, Térraba y Boruca.

Para facilitarme la tarea, he de transmitir mis impresiones personales sobre una excursión realizada á aquellos lugares en los meses de enero y febrero del año que está corriendo.

Al realizar ese viaje no me eran ignorados los muchos peligros á que se expone el viajero al internarse en los senderos de las montañas; tampoco me eran desconocidos el ciclo de sus leyendas, las supersticiones espeluznantes con que la fantasía popular ha rodeado al Cerro de La Muerte, las dificultades para el transporte de comestibles y vivienda y los rigores de un clima que no tiene parecido con la eterna primavera de que disfrutamos en el valle de San José. Pero contaba de antemano con el entusiasmo perseverante de unos cuantos jóvenes, los de la Sociedad de Excursionistas de San José, que conmigo hicieron aquel viaje. Siempre he tenido la mayor confianza en los esfuerzos de la juventud, á la cual, por razones de mi oficio, tengo ligado mi destino desde hace algunos años; y debo declarar en honor á la verdad, que de esta vez mis esperanzas no fueron defraudadas por los desalientos del ánimo ó los desfallecimientos del valor.

Habíamos salido de San José en una madrugada del mes de enero; habíamos llegado al pintoresco pueblecito de Santa María que se halla aprisionado en el corazón de las montañas de Dota y penetrado en una región seguramente poco conocida por vosotros y que será objeto de mi descripción en los capítulos siguientes.

El camino se eleva directamente al lado del Copey hasta una altura de 1788 metros, por una cuesta bastante penosa, y desciende luego, suavemente, hasta el vallecito del mismo nombre, donde se halla la finca de ganado del señor Juan Monge Guillén y el aserradero, ahora casi abandonado, que fué de don Pedro Pérez Zeledón. Los alrededores son muy pintorescos, aquí, aunque la tala sistemática de los bosques quitará de día en día al paisaje las mejores galas con que lo dotó la Naturaleza. Hay un bosque entero de *jaules* corpulentos (1773 metros) bastante cerca de la orilla del *Parrita* que corre por el fondo del valle.

Desde la sabana del Copey, cubierta en su mayor parte de pastos, se destacan los picos cercanos de la sierra, cubiertos á trechos con los maizales y los bosques, que indican que el terreno es de bastante fertilidad. En los puntos de mayor declive se encuentran dispersas las manchas rojizas de la tierra arcillosa, que deben atribuirse á los grandes árboles que se desarraigan y á las aguas lluvias que arrastran las tierras desmenuzadas por la gran pendiente. El desprendimiento de las tierras es todavía favorecido por las quemas, que retardando la formación del mantillo en los lugares en que es delgada la capa del suelo, descubren por todas partes un subsuelo lleno de guijarros. Estos lugares serán dentro de pocos años cerros sin vegetación de grandes árboles, como los de Candelaria y Corralillo, cerros llenos de piedras y cubiertos de gramineas y helechos, que son las únicas plantas que pueden prosperar bien en tales condiciones. El valle del Copey, en cuanto á altitud, tiene con Santa María una diferencia de 250 metros, lo que hace que este lugar posea un clima más fresco, que puede muy bien adaptarse á los cultivos de las zonas templadas. Ya se han hecho ensayos con el trigo y la patata con muy felices resultados.

La población del vallecito aumentará con el trascurso del tiempo; hace algunos años sólo existía la casa lechería del señor Monge, hoy se encuentran allí cinco casas y se construye una para la enseñanza.

Dos horas de marcha habíamos tenido desde Santa María, luego un buen almuerzo, que nos permite apreciar la buena calidad de la leche y la del queso que allí se fabrica en casa del señor Monge, y otra vez la marcha hacia el cerro de las Vueltas quede antemano habíamos designado para pernoctar.

Sálese del valle con rumbo S. E., tomando un pequeño trillo que sube por una pendiente cada vez más penosa. Entramos por terrenos de cultivo dedicados al maíz. Todo el terreno está cubierto de troncos ennegrecidos por el fuego, que acusan la barbarie de sus cultivadores, troncos muy grandes y gruesos, que son el recuerdo de una antigua vegetación hermosísima. Entramos de lleno en un bosque bastante espeso, un bosque nuevo, compuesto de robles en su casi totalidad. El camino, propiamente hablando, ha terminado en el Copey y el trillo que ahora se sigue ha sido reformado por completo, desde que lo descubrió el señor Pittier, en el libro que sobre estas mismas regiones publicó en 1891. En lugar de salir del valle por el S. O., sale, como ya se ha dicho, por el S. E., subiendo por una loma que evita el dar una gran vuelta. Sin embargo, la cuesta, durante una hora y media, es sumamente inclinada: en un espacio de 4 kilómetros se sube desde 1800 metros hasta 2500, lo que da una pendiente media de 20 %, siendo aún mayor en muchos lugares. Es allí donde principian las dificultades de la marcha: la humedad aumenta con la espesura de los bosques; á veces se avanza mirando á uno y otro lado cómo se repiten las mismas especies vegetales, á veces la senda, que se estrecha y ondula por la falta de la montaña, hace nuestra ascensión sumamente difícil y agota nuestras fuerzas. Por desgracia no se encuentran aguas corrientes en los alrededores con que apagar la sed, y hay que recurrir á las bromeliáceas, que en este lugar se encuentran en grandes extensiones. Las bromeliáceas terrestres constituyen, después de caminar durante dos horas y media, los únicos depósitos de agua disponible, y, aunque sabemos que son al mismo tiempo los depósitos para las larvas de los zancudos, no tenemos más remedio que recurrir á ellas para refrescar nuestras gargantas.

Desde el término superior de esta fuerte pendiente, que está á 2490 metros, sigue luego el camino por una región más plana, con pequeñas bajadas,



algunas veces, hasta llegar á una pequeña quebradita, que se encuentra á una distancia de 50 metros de la vereda y que parece puesta allí providencialmente para que el viajero no se muera de sed [2580 metros]. Aunque ya la temperatura es bastante fresca, nos cae, muy inoportunamente, un fuerte chubasco que convierte ciertas partes del camino en verdaderos charcos, retardándonos la marcha. Esta circunstancia tan imprevista nos priva en parte del deseo de admirar la naturaleza agreste y salvaje del lugar. A medida que nos acercamos á la cumbre del cerro de las Vueltas, la vegetación va haciéndose más delicada y el aspecto del paisaje cambia notablemente: parece que nos encontráramos de repente en medio de un jardín abandonado en el bosque: las mirtáceas cubiertas de flores blancas, las borragíneas de flores celestes y las lobelias también en florecencia, están cubriendo el suelo y las orillas de un riachuelito que pasa haciendo mucho ruido entre las piedras totalmente cubiertas de musgo. Los musgos de color blanco, y los líquenes, tapizando los árboles en sus troncos y en sus ramas, dan al bosque entero un aspecto de graciosa apariencia. Después de todo eso, un fro que trasmina, una lluvia fina y persistente que moja hasta la médula de los huesos y una calma inmensa. Recogemos algunos helechos y varios ejemplares de las plantas típicas del lugar, y á poco andar nos encontramos en la llamada Galera de las Vueltas, á los 2948 metros sobre el nivel del mar y á 17, 2 kilómetros de Santa María de Dota.

Mientras nos instalamos en aquel rancho diminuto, que parecía abandonado en medio de la montaña, nos ocupamos en secar nuestros vestidos en un fogón hecho dentro del mismo y en recoger informes respecto de este paraje, que en otro tiempo ha sido habitado por el hombre. En las Vueltas antes existía una hacienda de ganado del Doctor don Pánfilo Valverde, hoy de don Juan Monge Guillén, y en ella se hicieron, con mal éxito, algunos ensayos de aclimatación; pero debido al frío tan intenso, y á los estragos que causan los numerosos tigres que andan por la selva, hubo necesidad de abandonarla. Aún quedan algunas de esas reses que se han vuelto *cimarronas*, y cuya existencia suele ser á veces un peligro tan serio como el de los mismos tigres. Por fortuna, aunque encontramos muchas huellas, no llegamos á avistarnos con ninguno.

Como era de esperarse, por la altura á que nos encontrábamos, la noche fué sumamente fría, habiendo llegado á marcar el termómetro, como temperatura mínima, 2°, 7 centígrados. A la mañana que siguió á aquella noche tan incómoda como fría, nos levantamos á explorar un poco los alrededores para darnos cuenta de las condiciones del paraje y recoger algunas plantas y pastos de los que sirven allí de alimento á los ganados. En la cumbre del cerro todo es interesante: el aspecto del terreno es pantanoso y agrietado y la vegetación refinada. En los depósitos de agua del suelo y sobre las ruinas de los viejos troncos deshechos por la humedad, numerosos *sphagnos*, líquenes y hongos se descomponen para dar origen á los yacimientos de tierra negra con apariencia de carbón que se extienden por todas partes. El cerro de las Vueltas es bueno para la cría del ganado, pero la propia cumbre ofrece un peligro serio para los animales con la formación de pequeños pozos, pequeños en apariencia pero de gran profundidad, que los atraen con el engañoso aspecto de sus orillas y los hacen perecer ahogados en el fangal.

Emprendemos al fin nuestra marcha al través de una fuerte neblina que nos impide gozar del paisaje. Al cabo de tres cuartos de hora subimos á la parte más elevada del camino [3082 metros], desde cuyo punto se puede divisar una pequeña eminencia que tendrá 25 metros más. Según esto, el cerro de las Vueltas tendría unos 3105 metros.

A medida que bajamos, se repite en las montañas el aspecto que estas tenían cuando ascendíamos y el camino se vuelve intransitable: los charcos ya no se encuentran esparcidos de aquí y de allá, sino que el camino mismo es un barrizal continuo. Principalmente para los cargueros la marcha se hace casi imposible, porque tienen que ir pisando sobre las raíces que el charco ha dejado descubiertas para agarrarse á las ramas de la orilla para no hundirse. Se va sintiendo, como es natural, un cambio en la temperatura y al llegar á la falda llamada *Bella Vista* todo es muy parecido al cerro de las Vueltas, en la ver-

tiente opuesta y poco antes de nuestra llegada á la cumbre. La vegetación se conoce que es, sin embargo, más abundante que la de aquella parte del cerro. A una altura de 2960 metros encontramos una *musaraña* que iba haciendo ruido por debajo de las hojas secas. El cuadrúpedo, único que logramos ver en aquellas soledades, fué capturado y enviado más tarde á Washington para su clasificación por no corresponder su morfología con las descripciones de los colectados hasta hoy en Costa Rica.

En Dos Amigos, donde llegamos más tarde, hay un pequeño desmonte y se consigue agua en un riachuelo que hay allí cerca [2946]. Después de un almuerzo ligero seguimos adelante con el propósito de pernoctar en Jaboncillo y pasar el temido cerro de la Muerte en las primeras horas de la mañana. El camino es al principio plano, pero luego comenzamos á subir una serie de picachos cuyas alturas van en aumento cada vez. ¿Como á las tres y media de la tarde de aquel día llegamos al límite superior del bosque y á una altura de 2976 metros. Es de notarse que la parte superior del bosque, lo mismo que en el Irazú y en otras montañas elevadas del país, está enteramente muerta: los troncos y las ramas de los árboles se encuentran en perfecto estado de desarrollo, pero completamente secos. Hay aquí un fenómeno que merece el más digno estudio. Cómo es que esos árboles han podido desarrollarse y por qué han muerto después? Tenemos aquí un hecho que tal vez sirva para comprobar la creencia de algunos geólogos de que nos encontramos en uno de los períodos de calor del período glacial y de que ya la temperatura empieza á bajar otra vez. Según eso los tales árboles se habrían desarrollado durante la época del calor, y la vuelta del frío no han podido resistirla y han perecido.

Por fin llegamos á Jaboncillo, á donde nos preparamos para pasar la noche. Jaboncillo ó El Jaboncillo, como le dicen algunos, ocupa el fondo de una hondonada al pie del cerro de la Muerte. El terreno, aunque en pendiente muy pronunciada, es un verdadero fangal, de tal suerte que para colocar la tienda en punto seco, hubo necesidad de cortar grandes cantidades de cañuela, bastante abundante en el lugar, y extenderla en el suelo cenagoso. Durante la noche, sea por causa de falta de viento, ó por haber estado nada menos que quince personas dentro del reducido espacio de la tienda, no sentimos absolutamente el frío intenso de que tanto nos habían hablado; grande fué, pues, nuestra sorpresa cuando á la mañana siguiente, al levantarnos, nos encontramos con que los numerosos charcos que nos circundaban estaban cubiertos de una capa de hielo de 4 á 5 milímetros de espesor. Creemos que es la primera vez que se hace notar en Costa Rica la presencia de hielo verdadero: la escarcha es bastante común aun en terrenos más bajos. La temperatura media había estado, pues, esa noche muy cerca de 0°.

Al salir aquella mañana echamos una rápida ojeada por los alrededores. El punto es dominante, dividiéndose desde allí la mayor parte de los valles de la Meseta Central; hacia abajo se ven los bosques de la vispera, y hacia las laderas, vecinas que muy pronto hemos de escalar, gran cantidad de cañuelas y de una especie de *Zamia*, *cycas* que lucirían con orgullo en nuestros jardines de la capital. Emprendemos la ascensión del cerro como á las ocho de la mañana. Era el día 25 de enero. La mañana estaba muy fría y á medida que subíamos íbamos notando por todas partes las señales de la helada; los pequeños pozos pluviales que se encuentran á lo largo de la vereda estaban cubiertos de láminas de hielo que cedían á nuestras pisadas produciendo el sonido de vidrios que se rompen. En algunas partes el camino es el lecho de una quebrada que debe ser regular en el invierno, á juzgar por el trabajo de erosión que se nota. No puede uno menos que admirarse al ver cómo suben por allí las bestias de carga cuando para uno mismo es ello empresa más que difícil. Después de aquel cerro sigue otro y otro, siendo el que se sube más alto que el que le precedía: así tenemos 3,100, 3,150 y 3,200 metros sucesivamente, y eso sin subir á las partes más eminentes, pues el camino sigue en zig-zag por las laderas para evitar las pendientes inútiles. Después de una hora y media de marcha de ese modo, llegamos frente á un cerro que nos parecía ser el más alto y nos decidimos á escalar la cumbre para verificar la altura. Como recuerdo de nuestra ascensión, pusimos allí una placa de aluminium con el nombre



de la Sociedad de Excursiones de San José, y por cuya causa lo llamamos el cerro de la Placa (3,331 m.). De su cumbre se contempla un maravilloso paisaje alpino del que no pudimos gozar por mucho tiempo por haberse nublado la atmósfera repentinamente. Al N. E. se distinguen las enormes masas del Cerro de Chirripó, cuyas cumbres, como sucede casi siempre, estaban nubladas. Al S. se distingue una isla y una parte del litoral del Pacífico que nos permite reconocer los islotes de "Los Quepos". Por el E. se ve la masa que acabamos de atravesar. Muy pronto, sin embargo, todo se cubrió de nubes, resignándonos á abandonar tan magnífico observatorio para continuar nuestra ruta. Aunque al principio bajamos un poco, muy pronto el camino se eleva otra vez para llegar á la parte más alta, que es superior al cerro de la Placa, á 3,357 m. sobre el nivel del mar. Desde este punto se divisa la verdadera cumbre del cerro de Buena Vista, que queda como á quinientos metros á la derecha del camino. Con el mismo propósito que antes subimos hasta esta prominencia, cuya altura es de 3,402 m., inferior en poco á la cumbre del volcán Irazú. Eran las doce del día cuando llegamos á la propia cima del cerro, que por el aspecto de desolación que presenta ha sido llamado de la Muerte. Algunos peñascos de tamaño gigantesco y de color oscuro, compuestos de rocas eruptivas, y en las que se encuentran incrustaciones de cuarzo, están esparcidas en diferentes partes, dando al paisaje un aspecto sombrío. La ausencia casi absoluta de naturaleza animada, le da al lugar un aspecto tétrico. Unos pocos pajaritos de colores grises, de esos que suelen encontrarse en las altas montañas del Poás y del Irazú, saltan por debajo de los matorrales piando tristemente. Removiendo unas piedras grandes encontramos una pequeña salamandra (*Sperlepa* uniformes) y más tarde fué encontrado otro ejemplar de mayor tamaño, casi á la misma altura. Estos animales y el *felis onca*, cuyas huellas encontramos muchas veces en el mismo camino, forman los representantes más característicos del reino animal en estas soledades. Pasa igual cosa con la vegetación; si algunas semillas de árboles venidas del bosque que rodea el cerro suelen germinar, no se desarrollan allí sino muy débilmente.

Como á unos 200 m. de la división de las aguas se nota un hilito de agua corriente, que ya en la dormida de la Muerte merece el nombre de quebrada y va á formar luego el río Buena Vista. Nace, pues, este río, como á medio kilómetro hacia el N. de la cumbre del cerro y cruza luego hacia el S., saliendo por la hondonada que se distingue también desde la cumbre.

Desde la Fila (2,900 m.) se ven á uno y otro lado los profundos valles por donde corren el río Buena Vista y la Quebrada de la División. El bosque es espeso y se compone en gran parte de robles. Estos, que á una altura de 2,900 m. á 3,000 están más *achaparrados* y tienen menos desarrollo, alcanzan su mayor altura desde los 2,800 hasta los 2,100 m.

A una elevación de 2,800 m. hemos encontrado jaules, como en el Copey, aunque en menos cantidad y con menos tamaño; también se ven ya las especies más pequeñas de periquitos de copete colorado, algunas cazadoras y gran cantidad de gorriones que llegan á los árboles en busca de las flores. Todas estas señales de la vida en el bosque contrastan con los despojos de caballos y mulas que han perecido en el camino, y cuyas osamentas, debido á la indolencia de los transeúntes, conservan todas sus partes y aun las mismas posiciones en que los pobres animales han caído al suelo.

Un cambio muy notable se va experimentando en la vegetación á medida que se desciende. La vegetación va siendo más abundante en especies de las regiones húmedas y cálidas. Aparece una palmera, *cola de gallo*, á 2,570 m. y van siendo los árboles cada vez más escasos para dar lugar á las especies arborescentes de los climas tropicales.

Por fin llegamos á la División [2,362 m.] El lugar es atrayente, sobre todo la Quebrada de la División, que nos permite apagar nuestra sed y darnos un sabroso baño entre sus aguas frescas y cristalinas.

Los bosques de esta región abundan en aves de cacería; las palomas moradas vienen á posarse en grandes bandadas sobre los altos árboles. El pavón (*Crax Globicera*) y la Pava [*Penélope Cristapa*] existen en tal cantidad que el caminante, si lleva escopeta, puede dispensarse de llevar comestibles.

Emprendemos de nuevo la marcha: la vereda es húmeda, á veces un barrizal; el zumbido de los insectos es incesante por doquiera. Así llegamos á Lagunilla. Este lugar, que ha sido llamado así por las muchas lagunillas ó charcos que allí existen, nos proporciona un lugar aparente para pasar la noche debajo de unos grandes árboles. Después de las noches glaciales que habíamos sufrido en la cordillera, no venía mal aquella noche apacible y ligeramente cálida del trópico. La luna era espléndida y la temperatura sumamente agradable, pues habiendo alcanzado la mínima á 0 en los días anteriores, se elevaba ahora á 11° 4 c. Durante nuestro sueño nos dieron lujosa serenata los grillos del charral y las miriadas de ranas que habitan en las lagunillas de que se compone el paraje.

"De aquí en adelante es bajada", nos decían nuestros peones; mas como ya lo habían dicho tantas veces y habíamos encontrado siempre muchas subidas, nadie se alegró de la noticia. Ya estábamos, pues, preparados para subir unas cuantas "cuesticas" ó "treponcitos", siempre de 200 varas, las cuales resultaban ser á veces cosa de 500 á 1000 m. Sin embargo, esta vez era cierta su afirmación, y no teníamos sino *bajadas*, á excepción hecha de algunas cuestecillas de poca importancia. De este punto en adelante hasta El General, el camino se hace en una jornada de cinco á seis horas por una pendiente tan rápida, que en partes tendría un veinticinco por ciento de declive.

A medida que descendemos al valle encontramos nuevas muestras de la flora tropical, aumenta el número de las palmas y á los 1,770 m. se ven ya las *súrtubas* de tallos esbeltos que se elevan tanto como los mismos árboles.

A las nueve de la mañana pasamos por el Azahar y á las 9 y 20 por el alto del Palmital [1,505 m.] que, como su nombre lo indica, abunda en esta clase de palmera comestible, lo mismo que en súrtubas y pacayas.

Después de un bajar continuo, llegamos á orillas del río Buena Vista [856 m.], cuyo nacimiento ya conocíamos y comenzamos á andar por un camino bastante suave, por el lado S. Una vez llegado al paso, se sigue por la ribera izquierda del río hasta llegar á la población de El General, á tres kilómetros del punto antes mencionado.

#### EN EL GENERAL

Por fin, hemos ya en El General, el día 27, á 121 kilómetros de San José y al 7º día de nuestra salida. Ya era tiempo de tomar algún descanso después de las penosas jornadas por los cerros, y de tomar también algún alimento después de un día de terrible ayuno, pues debido á un cálculo erróneo en las provisiones, mandamos la mayor parte de ellas adelante, y las que nos reservamos se habían agotado un día antes de nuestra llegada á este lugar.

Nos instalamos convenientemente en la casa del señor Raimundo Méndez, quien nos facilitó un trapiche para colgar las hamacas y nuestra tienda de viaje, la cual nos servía de gabinete de trabajo para arreglar nuestro herbario y de despensa para colocar nuestras provisiones de boca. La pusimos á una distancia conveniente, á pocos pasos de la Quebrada Grande.

La región llamada El General está comprendida entre el cerro de Buena Vista, la cordillera de Talamanca, por el Norte, y la nombrada cordillera costeña por el Sur. Hacia el O. comprende toda la cuenca superior del río grande de Térraba con su río principal El General y todo el sistema de sus afluentes que son muchos y forman, al bajar las montañas, como el cuerpo de un árbol que extiende sus ramas en distintas direcciones; cuéntanse entre ellos El Buena Vista, El Chirripó, La Quebrada de la División, El Pacuare, El Pacuarito, Quebrada Hermosa, Peñas Blancas, San Pedro, Unión, Convento, etc. Por el lado E. el valle no tiene más límite que las extensas llanuras de Buenos Aires, que también están regadas por los ríos de la cuenca colectora del Río Grande de Térraba en su curso medio. El caserío de El General está compuesto de unos cincuenta ranchos y casas de madera diseminadas á la orilla izquierda del río en una extensión de 9 kilómetros. No hay, como se ve, una población que merezca el nombre de tal; todo se reduce á una sucesión de



ranchos, separados entre sí por enormes distancias. El caserío comienza en el propio *paso* del río y no termina sino ya muy cerca de la Quebrada Hermosa. Hay una iglesia de techo pajizo y una casa de escuela en construcción que será, por el momento, la mejor del lugar.



Iglesia de techo pajizo y escuela en construcción en "El General"

La región de El General, por sus condiciones de suelo y clima, está llamada á un gran porvenir para la agricultura nacional. Los terrenos forman dos clases distintas y bien determinadas: cerca del río y en parte llana predominan las tierras de acarreo; y al pie de las colinas y cerros de los alrededores se pueden ver las grandes extensiones de tierra negra, mezclada á veces con arcilla.

El suelo es plano, con una ligera inclinación de N. O. á S. E. en la dirección del río, según se podrá apreciar por el dato siguiente: en el *Paso* los terrenos están á una altura de 829 metros, lo que da una diferencia de nivel de doscientos veinticinco metros en 9 kilómetros, ó sean 25 metros por kilómetro.

En los puntos en que el suelo es de naturaleza aluvial la tierra es muy liviana y de consistencia arenosa, y está formando una capa superficial de cultivo. El subsuelo, también formado por el río, se compone de capas de pedriscos y cascajos. Tal vez debido á esa circunstancia es que las pisadas del hombre y de las cabalgaduras producen en el suelo un sonido sordo, como si el piso estuviera hueco.

El aspecto de la vegetación era muy variado: en ella se ven mezcladas todavía las especies vegetales de los climas calientes y húmedos con las de los fríos y secos. En ninguna otra parte se dan tan admirablemente el tabaco, el café, el cacao, la yuca, el plátano, la caña de azúcar y las legumbres.

La apariencia que presentan los bosques de las vegas, da claramente á entender que esas extensísimas regiones han sido en otra época campos cultivados por una población indígena que ha dejado por todas partes señales de su existencia, y á esta circunstancia se debe el que en algunas partes no exista la vegetación secular.

Un día después de nuestra llegada visitamos las orillas del río General, y, mientras unos se entretenían en dar caza á las garzas blancas y morenas

que se encuentran por centenares en las playas, otros se dedican al estudio de este interesante río.

Con sobrada razón decían los antiguos egipcios que el Nilo era el padre del Egipto. En efecto, aquel río había formado el valle y lo seguía fertilizando con sus inundaciones periódicas; prestaba sus aguas para que con ellas hiciera el riego de las tierras y daba frescura y humedad al ambiente para atenuar los efectos del clima abrasador.

No otra cosa podrían decir de sus ríos los vecinos de El General; el suelo es fértil, porque las inundaciones frecuentes dejan por todas partes grandes extensiones de tierra aluvial, que, á diferencia de las que dejaba y aun deja el gran río africano, son aquí arenosas y ligeras. Un sistema de irrigación en El General no sería cosa difícil por la poca profundidad del cauce, que en algunas partes se encuentra al nivel de las tierras. Esta circunstancia da lugar á la subdivisión del río en varios brazos y al desplaje consiguiente de las vegas. En vano se harían esfuerzos para precisar la anchura del río en este punto de su curso; nosotros lo intentamos pero hubimos de encontrarnos con que las últimas avenidas del mes de octubre próximo pasado habían dado origen á cuatro cauces distintos, algunos de los cuales arrastraban poco caudal de aguas, y habiéndose, además, abalanzado la mayor parte de ellos sobre la llamada Quebrada Hermosa, esas inundaciones habían producido un cambio completo en la topografía del terreno, la pérdida de muchos cultivos y el aislamiento de otros en medio de las islas nuevamente formadas.

Los materiales de acarreo están formados, no sólo por las tierras arenosas sino también por los extensísimos pedregales que deja de año en año, y por otros materiales constituidos por los restos y detritus de las plantas, los troncos y las ramas muertas. Aquí fué notada por primera vez una costumbre que es generalmente observada también por los habitantes indígenas de toda esa parte del país: para hacer un puente sobre un río no hacen falta ni los ingenieros ni los trabajadores; la misma corriente habrá dejado en alguna parte un gran tronco de árbol al través del cauce que les servirá de puente natural, aunque tenga para ello que comunicar sus trillos con el puente así construido. Así ha pasado aquí, y en muchas partes la travesía se efectúa de esta manera.

En el verano el caudal del río disminuye notablemente y el vado es cosa fácil en cualquier parte.

En cuanto á sus condiciones de potabilidad, las aguas de El General dejan mucho que desear: muchos ranchos, por la gran distancia á que se encuentran del río se procuran las aguas que encuentran en los cauces menos importantes, en los cuales, por ser las aguas poco corrientes, forman unos depósitos que se cubren de algas y son el foco de gérmenes nocivos á la salud. Se nos dijo en varias ocasiones que á causa de la mala calidad de las aguas, la gente padece de paludismo y una especie de cansancio [el tustús] que de seguro es producido por el *anquilostoma* tan conocido ya en Costa Rica.

Una rama de la agricultura, fuera de toda exageración, la más productiva de Costa Rica, sería, sin duda alguna, la explotación sistemática de la ganadería en el valle de El General. Los pastos naturales son allí abundantes é invaden el suelo por todas partes á despecho de los montes y matorrales.

La industria pecuaria prospera allí admirablemente. Por eso es muy sensible que el Gobierno abandone por completo esta rama de la agricultura, y que no supla, como es debido, la falta de la iniciativa privada. Introduciendo sementales y vacas de buena raza podrían mejorarse las condiciones existentes de la ganadería. Ya se ha hecho un ensayo con un toro de la raza Holstein y se ha visto que las crías en nada desmerecen á las obtenidas por los agricultores de San José, mediante una selección cuidadosa; fomentando la formación de potreros y terrenos de repasto podrían habilitarse esos lugares para el mantenimiento de un número mil veces mayor de animales que el que en la actualidad existe, pues, tan exiguo como es, apenas satisface por el momento las necesidades del consumo local. Los beneficios que obtendría el país en general serían incalculables, hoy que la producción de reses y bestias de trabajo no al-



canza á cubrir las exigencias del consumo y que es necesario introducirlos de Nicaragua y Chiriquí pagando fuertes impuestos.

El atraso en que desgraciadamente se encuentra la industria pecuaria en El General, se extiende también á la agricultura y á otras muchas esferas de la actividad nacional. Los procedimientos agrícolas son todavía más rutinarios que los usados en ciertas zonas del interior, con la agravante de que los cultivos se hacen en tan pequeña escala, que son muy pocos los agricultores que se atreven á sembrar más de una manzana de tabaco ó de caña. El arado casi no se conoce y los únicos instrumentos de labranza más generalizados son el machete, la pala, el cuchillo y el hacha. La vida material, á pesar de la riqueza de un suelo en que todo se produce, es allí difícil y estrecha; los artículos como tejidos y abarrotos alcanzan precios fabulosos, esto cuando se les puede conseguir; por todos partes una ausencia de comodidades tan grande, que uno no puede menos que admirarse de que individuos que habitan relativamente tan cerca de los centros civilizados, se resignen á llevar poco más ó menos la misma vida que los seres primitivos. Cuando se mide con la mirada y el pensamiento la gran extensión de aquellas tierras que están esperando las caricias del arado para mostrar toda su pujanza, cuando se calculan los enormes beneficios que sacaría la Nación con la *mise en valeur* de esta inmensa región que con una emigración sana podría llegar á formar el núcleo de la agricultura nacional, cuando se ven, en fin, los grandes recursos con que la Naturaleza dotó aquellas regiones privilegiadas, se nos viene á la mente preguntar—ahora que se dice en todos los tonos, con alguna razón por lo demás, que Costa Rica no es un país productor,—cómo es posible que nuestros Gobiernos no hayan hecho sentir su poderosa influencia en aquellos lugares concediendo franquicias al que quiera trabajar y alentando en su labor á los habitantes de El General que no necesitan más que el impulso y el ejemplo.

La población actual de El General es una mezcla de toda clase de individuos de procedencias muy diversas, muchos de ellos son de dudoso origen, otros han llegado allí de la Meseta Central para escapar de la acción de la justicia, muchos impelidos por la idea de enriquecerse fácilmente y unos pocos, tres ó cuatro, verdaderos *pionniers* de la civilización, llámanse misioneros ú hombres de acción, han abandonado el sibirismo que caracteriza nuestra época para perseguir y alcanzar los ideales por ellos sustentados.

No hay entre los vecinos, y posiblemente entre los recién avocados, unidad de miras; muy al contrario, existen, como en toda comunidad pequeña, odios y desconfianzas, la consabida rencilla lugareña, que imposibilitan y entorpecen el progreso común. Ha sido necesaria la intervención directa de la autoridad del lugar para poner orden en los negocios y hacer que se respete la propiedad. Agréguese á lo anterior el que ésta no tenga un carácter definitivo, pues la poca seguridad en la posesión de la tierra ó la falta de títulos de dominio, estancan las actividades y quitan el estímulo al trabajador. El Gobierno debiera, pues, dictar á la mayor brevedad, todas las medidas conducentes á garantizar á los poseedores actuales la propiedad de los terrenos por ellos cultivados.

Se hace necesario una ley especial que reglamente la adjudicación de los baldíos de esa zona, para prevenir las amargas enseñanzas de la costa atlántica. Es preciso fomentar la inmigración de razas sanas, usando para ello los métodos empleados por naciones como Chile y la Argentina. Se hace indispensable, en fin, construir un camino que salga al mar, circunstancia que permitirá el comercio de cabotaje con las localidades costeñas y la locomoción al interior de los productos de El General por medio de nuestro ferrocarril al Pacífico.

Hacia la realización de esos fines, es como debe enderezarse la acción gubernativa.

#### DE EL GENERAL Á BUENOS AIRES

El viaje se hace, generalmente, en tres días, por una picada construida por el señor Pittier, sobre la base de un antiguo trillo de los indios.

El camino, si lo comparamos al que ya hemos atravesado, es muy bueno y se puede muy bien recorrer á caballo. Al principio es un plano casi perfecto,

que baja insensiblemente hacia la Quebrada Hermosa, sigue luego casi sin inclinación hacia el río General, que ocupa ahora el antiguo lecho de la quebrada dicha, como unos 7 kilómetros de la iglesia. De aquí en adelante el camino cambia completamente: aunque en apariencia plano, en realidad no hay más que puras cuestras. El terreno es allí muy quebrado y lo cruzan una infinidad de quebradillas, dirigidas todas más ó menos de N. E. á S. E., las cuales, como es natural, han formado su pequeña hondonada que es necesario subir y bajar constantemente: del río Peñas Blancas al Cajón, hay por término medio cinco de esas quebradas por kilómetro, lo que nos da un total de 30. Por supuesto, muchas no tienen aguas sino en la estación de las lluvias, y por esa circunstancia, cuando pasamos nosotros había sólo dieciséis con agua corriente.

Aquí vale la pena hacer notar que el terreno que atravesamos es poco menos que desconocido en lo que se refiere á su topografía. En el mapa que se encuentra adjunto al trabajo publicado por el señor Pittier en 1891, están recopilados los últimos conocimientos en la materia, y no obstante eso, hay muchas incorrecciones que aun á simple vista se pueden observar. Y eso es muy natural. La región á que nos referimos, lo mismo que la de El General, jamás ha sido visitada con el objeto de un levantamiento topográfico, siquiera sea aproximado: se conocen únicamente los nombres de los ríos, algunos lugares y el orden en que se suceden, pero hacen falta datos muy importantes para el dibujo completo.

Haciendo, pues, referencia á ese mapa, se puede ver que aun la dirección verdadera es desconocida, esas distancias son del todo inaceptables. Sería de desear que el Gobierno enviara una comisión á esas regiones con el fin de determinar la posición geográfica de los lugares más importantes, y levantar el mapa respectivo, creemos que no hay seguridad ni en la posición de El General, ó quizá en la de los cerros vecinos; el hecho es éste: de El General tomamos algunos rumbos sobre las cumbres más elevadas con ayuda de la brújula, aprovechando luego estos rumbos para fijar la posición de El General, resulta que éste vendría á quedar mucho más al S. O. y en la continuación de la línea que lo une con el Chirripó, pero como al doble de la distancia dibujada actualmente. Algo parecido pasa con las distancias y posiciones de las más importantes.

Desde el punto de vista botánico es esta región una de las más importantes que hemos atravesado. Desde la Quebrada Hermosa hasta la llegada al río Convento, las llanuras, con pequeñas interrupciones, se hallan cubiertas con el conocido *turbara*, y con arbustos de cordoncillo distribuidos casi uniformemente, que dan á esos parajes la apariencia de un parque continuo. La tierra allí en las selvas es bastante húmida, y los bosques son muy curiosos por el gran parecido que guardan con las zonas templadas. [Norte de Europa y Sur de Chile], por su escasez de yerbas y arbustos: casi limpio está el suelo, y la vegetación, formada de palmeras de altos y delgados estípites y de árboles casi iguales en grueso y altura, bien pudieran servir de modelo de *art nouveau* decorativo. Ninguno de los bosques que habíamos atravesado presenta un conjunto de mayor elegancia.

## BUENOS AIRES

La población de Buenos Aires está asentada sobre una extensa llanura de naturaleza arcillosa en la parte alta, sedimentaria en la baja, que mira hacia el río Ceiba, y que por esta circunstancia es la elegida por los habitantes para hacer sus cultivos.

Existe una gran cantidad de gramíneas, que cubriendo la llanura convierten á Buenos Aires en extensísimo potrero. Vagan en ella, libremente, ganados vacunos y cabalares, buscando pasto apropiado para su alimentación. Una observación atenta nos dió á entender, sin embargo, que esos pastos no son de muy buena calidad; la sequía en la estación del verano es tan grande que los animales se ven obligados á abandonar el potrero y retirarse á la orilla del río. Algo que se impone, como una imprescindible necesidad, es que la Sociedad



Nacional de Agricultura, ó el Gobierno, mediante su importante iniciativa, impidan definitivamente las *quemadas* en la sabana de Buenos Aires. Allí no se trata de una forma de labor, como sucede en nuestras mesetas del centro: las sabanas no son quemadas para el cultivo sino por el gusto de verlas arder durante las noches de estío, atentado doblemente criminal de aquellas gentes que no comprenden que así demuestran notablemente el suelo, destruyendo con el fuego sus principios fertilizantes y haciendo cada vez más desven ajosas sus condiciones físicas.

El clima de Buenos Aires, por otra parte, es ya bastante ardiente para que sus habitantes persistan en una costumbre que tiende á hacer la temperatura más alta cada día. Esta, que sufre pocas variaciones durante el año, tiene un término medio de 24° [Pittier].

Por las mañanas, casi siempre, la atmósfera aparece cubierta de una especie de neblina, que cede fácilmente al calentar el Sol. Este fenómeno, que se repite todo el año, es producido por una condensación abundante de los vapores y está favorecido por la topografía del lugar y las cercanías de las montañas. El medio día en Buenos Aires es algo insoportable, por no decir infernal: la temperatura se eleva hasta 38 y más grados centígrados y produce á veces en ese aire espejismos muy curiosos y refracciones muy sensibles en los objetos de la superficie del suelo.

La población de Buenos Aires es una mezcla de individuos del interior, de biceitas y de chiricanos. Componen el caserío unos 50 ranchos y algunas casas cubiertas de teja, que están distribuidos en desorden al rededor de la



Iglesia de Buenos Aires

iglesia. Esta, como es natural, es el mejor edificio del pueblo y tiene capacidad para varios centenares de personas.

Los habitantes se dedican principalmente á la agricultura, para lo cual se sirven de los terrenos que se extienden á la orilla del río Ceiba; cultivan de preferencia el tabaco y obtienen, por medio de una elaboración parecida á la de El General, una calidad que en nada le es inferior; siembran la caña de azúcar [blanca y amarilla], y á los ocho meses obtienen sus primicias; hacen el dulce para el consumo diario de todos los vecinos; cultivan el arroz, los frijoles *chiricanos*, los *chimbolos* y las habas blancas y de color, de procedencia

también chiricana; la yuca, por último, es entre ellos un cultivo fácil, porque les da cosecha desde los cinco meses en adelante.

Los bosques de Buenos Aires contienen, si se explotan racionalmente, una riqueza inagotable, en árboles y plantas de todas clases; entre éstas hay algunas que dan fibra, otras que dan madera para construcción, las leñas para el consumo, gomas y resinas para la medicina casera y para la industria, árboles y plantas, en fin, que sirven á diversos usos y necesidades del hombre de aquellas regiones.

#### POBLACIÓN INDÍGENA DE UJARRÁS

Invitados galantemente por el maestro de escuela de Buenos Aires, pues que también existen apóstoles en aquella parte del país, visitamos uno de los más originales pueblos de indígenas que se han conservado fuera de todo contacto con gente civilizada. Ujarrás es una población colocada en el angosto valle del río Ceiba y al propio pie de la cordillera de Talamanca por el lado que mira al Sur, que nos recuerda por su disposición la de aquellas poblaciones tan estratégicamente dispuestas de que nos habla Vázquez de Coronado en las conquista de los Contos y Quepos, que según toda probabilidad son los ascendientes de los indios que actualmente se encuentran en aquel lugar. A juzgar por lo que á primera vista parece os creeríais en medio de una selva solitaria; pero á poco que observéis notaréis unos angostísimos trillos que se tomarían por los caminos que van formando las hormigas, si siguiendo su curso no llegaseis á sus viviendas. La existencia de los ranchos está, pues, denunciada por los referidos trillos, que saliendo del camino principal, se internan en el bosque de las riberas del río. Hallaríais al principio unos veinticinco ranchos disseminados en la selva; avanzando un poco más va aumentando su número en



Rancho é indios de Ujarrás

los claros que quedan á uno y otro lado del camino. Esos ranchos tienen todos la forma que se puede ver en la imagen que presentamos. Tienen de 16 á 20 metros cuadrados y apenas pueden dar alojamiento á una familia que no sea muy numerosa; la armazón es de madera redonda y el techo pajizo ó de una palmilera abundante en el lugar. La manera de hacer estos techos es muy



particular: sobre un varillaje que descansa en la armazón, se van colocando haces de paja en hileras regulares que luego se prensan y aplastan con una varilla que queda oculta por una segunda hilera. Así sucesivamente van colocando el material hasta dejar el techo con una apariencia completamente lisa é impermeable. Un tabanco que se usa para dormir ó para guardar el producto de las cosechas, una ó más hamacas que se pueden mostrar como modelos de la industria indígena, varios taburetes hechos á cuchillo, uno ó más bancos de cuatro patas y hechos de una sola pieza, tres tinamastes para hacer la lumbre, una tumba [jak] para moler el maíz que ha de servir para hacer la chicha, tal es el mobiliario más completo que podríais encontrar en la casa de un indio de Ujarrás. El puerco [cuchi], el perro [chichi] y la gallina [oscoró] son casi los únicos compañeros del habitante de aquella población. El indio de Ujarrás es relativamente más alto que otro cualquiera de sus congéneres de Costa Rica; encontré uno llamado Juan de la Cruz Uba que medía 1,70 m. de altura y tenía un desarrollo tal del pecho que alcanzaba á 1,1 m. de ancho: era un verdadero gigante. Pero lo más que hubo de llamar mi atención al observar aquella raza, fué la hermosura de las mujeres, su gracia singular, su clara inteligencia y todo un conjunto de detalles que inmediatamente nos traen reminiscencias de todas las cualidades, tanto del orden físico como moral que adornan y embellecen á la mujer costarricense. Nuestra primera visita nos pareció haberles causado desagrado: muchos ranchos se quedaban solos á nuestra llegada; las mujeres corrían á juntarse con sus maridos que estaban en las labores, y las que solían quedarse dentro, ó esquivaban todo trato con nosotros ó bajaban la cabeza en nuestra presencia sin pronunciar una palabra. Poco á poco fueron comprendiendo por las mil preguntas que les hacíamos, que el objeto de nuestra visita era inquirir acerca de sus costumbres y género de vida. La vista de algunas baratijas las tranquilizó por completo, brillaron sus ojos alegremente con la expectativa de nuestras dádivas y muy luego nos regalaron con el plátano maduro [karbf], con chicha y yuca cocida [ashkú], nos mostraron sus cultivos de tabaco, los de frijoles [kani], maíz [ekué] y los objetos de su industria:



Iglesia de Ujarrás

reles [jameth], hamacas [kipú] y lanzas [fkabata]. Su confianza llegó luego hasta permitirse ciertas bromas en nuestra presencia y hacernos ciertas confidencias y preguntas que denotaban, sobre todo entre los niños, un gran espí-

ritu de observación. Los habitantes de Ujarrás descienden directamente de la tribu de los biceitas de Talamanca, cuyo dialecto hablan y con quienes tienen un trato frecuente al través de los portillos de la cordillera. Están en número de 400 y reciben á menudo las visitas del cura de Térraba. La imagen que presentamos es la pequeña ermita de Ujarrás.

#### DE BUENOS AIRES A TÉRRABA

Después de tres días de permanencia en Buenos Aires salimos para los pueblos de Térraba y Boruca. Sálese de Buenos Aires por el S. E., pasando primero por una extensísima llanura de pastos naturales y que es la continuación de otra llamada del Potrero Cerrado, que queda al N. E. de la población. Esta sabana es la de Las Animas y se atraviesa haciendo un ángulo muy pronunciado por causa de una laguna pantanosa que queda en su parte media. Para atravesarla se tarda más ó menos una hora y media y por el mismo camino tiene muy cerca de 5 kilómetros. Durante la travesía por esta sabana se recogieron semillas de gramíneas, de las que constituyen los pastos naturales, las que tuvimos el gusto de entregar oportunamente á la Secretaría de la Sociedad Nacional de Agricultura. Esta sabana había sido incendiada la noche anterior y continuaba ardiendo en muchos puntos. Después de atravesarla nos internamos en el bosque; al cabo de algún tiempo de caminar por una picada bastante buena y de pendiente ligera, se llega á las orillas del Platanar, por cuyo borde derecho continúa el camino en una longitud de seis kilómetros. Luego pasa á la orilla opuesta y sigue muy cerca de ella hasta la desembocadura del Platanar en el río Grande de Térraba.

En todo ese camino hemos bajado de 351 m. á sólo 149. El río Grande

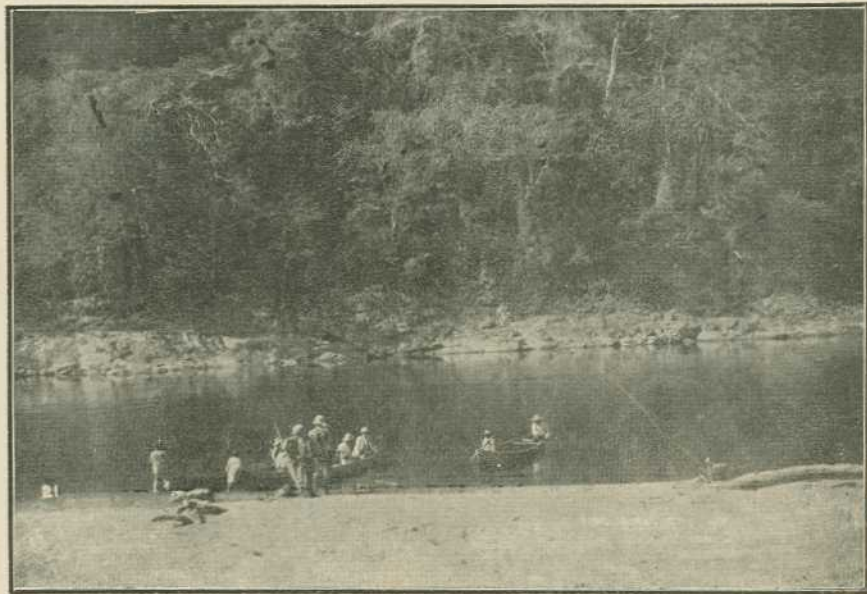


Paso del Río Grande de Térraba, entre lugar y Buenos Aires



de Térraba se halla, pues, en el *paso* á 149 m. de altura sobre el nivel del mar, y en este punto ha recogido ya todas las aguas de los afluentes de su cuenca superior. Su anchura aquí es considerable, lo mismo que el caudal de sus aguas; el valle se encuentra encajonado entre dos hileras de colinas que forman sus respectivas pendientes á uno y otro lado de sus riberas. Sin embargo de que la topografía no permite el desplayamiento, el río ha logrado formar, principalmente á la orilla de la izquierda, grandes terraplenes aluviales que están cultivados de plátanos y bananos.

La anchura del cauce es próximamente 120 m. de parte á parte, y aunque algunos se atreven á vadearlo en el verano, cuando las aguas disminuyen, la mayor parte de los pasajeros hacen la travesía en un bote pequeño que maneja un indio de Térraba, pues aseguran los más que en este punto hay muchos caimanes; nosotros, sin embargo, no los vimos, pero sí notamos al través de las aguas la marca que dejan con sus patas en el barro del fondo ó en los arenales de la orilla.

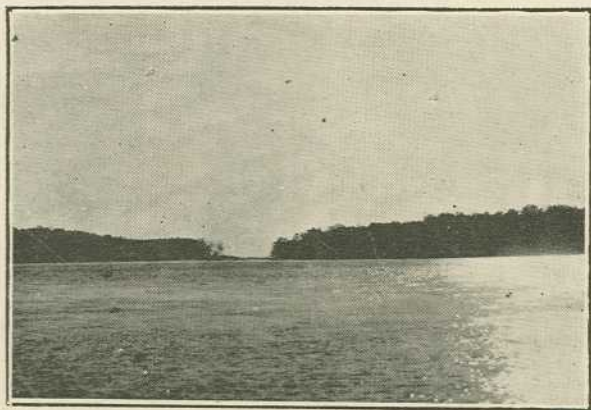


EL LAGARTO. Embarca lero en el Río Grande de Térraba

Desde aquí principia una pendiente que no se interrumpe sino por leves bajaditas, verdaderos descansos naturales para el caminante. En el espacio de una hora se sube lo que se ha bajado, desde Buenos Aires hasta llegar por fin á Térraba [345 m. sobre el nivel del mar]. En Térraba, á donde habíamos llegado hacia el medio día del 4 de febrero, decidimos detenernos hasta el día siguiente, con el objeto de estudiar las costumbres del pueblo, que por cierto son poco importantes, y hacer una estadística aproximada de sus pobladores.

El caserío de Térraba está compuesto de unos cuarenta ranchos diseminados, sin orden ninguno, sobre un terreno ligeramente ondulado, seco y de naturaleza bastante arcillosa. No hay cultivos en los alrededores de las casas, si se

exceptúan los pocos que posee el señor Cura, al lado de la iglesia, formados principalmente de plátanos y de café. En general se puede notar que si las plantas no adquieren allí gran desarrollo, es solamente por la falta de riego, pues las muestras que hemos indicado antes, lo mismo que de las de algodón blanco y moreno de que sacan los indios una excelente mota para sus mantas, parecen casi todas bien desarrolladas en donde el agua de las lluvias ha sido bien repartida. Sucede también aquí lo que antes habíamos apuntado para Buenos Aires; los cultivos han tenido que hacerse á larga distancia de la población en los lugares que son regados fácilmente por el río en épocas de creciente; en el punto llamado Volcán ó en Paso Real, hay cultivos de arroz, frijoles, plátanos, maíz y yucas, que les producen todo el alimento que necesitan. Sin embargo es notable entre estos indios su gran indolencia y su falta de previsión: no trabajan más que medio día, cuando más, pues de esas seis horas hay que deducir las que gastan para trasladarse á los puntos que han elegido



Vista de una de las bocas del Río Grande de Tárraba

para sus siembras. La agricultura entre ellos está por esa causa en lamentable atraso y sujeta á la rutina consiguiente.

Los cultivos se hacen en muy pequeña escala y pocos son los que tienen más de dos manzanas cultivadas; arreglan el terreno en el mes de febrero para hacer las siembras en marzo ó en abril, á la venida de las lluvias.

La agricultura en Tárraba se resiente de la falta de brazos; el número de hombres hábiles para el trabajo es muy exiguo y tiende á disminuir cada día con el total de la población, por causa de la inmoralidad de las costumbres, por la emigración á otros lugares de la orilla del río, como Paso Real, Volcán, etc., y por las enfermedades palúdicas, que son endémicas en Tárraba. Estando allí, hemos hecho el recuento de la población, que resultó ser de 185 personas en lugar de 250 que hace unos quince años existían, lo que demuestra una disminución alarmante en un tiempo relativamente corto. El promedio en el número de los individuos que constituyen una familia es solamente de cinco.

Sería de desear que el Supremo Gobierno, con los datos que suministre la oficina demográfica, tomara alguna medida conducente á asegurar el ensanche de la población, ó evitar, por lo menos, su rápido decrecimiento, pues entendemos que las enfermedades endémicas, la escasez de recursos naturales y la falta de cuidados higiénicos para preservarse de aquéllas, es otra cosa que



habrá que tomar en cuenta si se quiere prevenir la total destrucción de una de las tribus indígenas más antiguas de Costa Rica. Hoy mismo ya no ofrece la población de Térraba ninguna originalidad en su composición etnográfica, haciéndose notar solamente los habitantes por su dedicación á la industria del algodón y al tejido de las mantas, que es también peculiar de los borucas.

#### DE TÉRRABA Á BORUCA

El trayecto de Térraba á Boruca es corto; se hace muy bien en cuatro horas y tiene una longitud de 9 kilómetros. A la salida del pueblo tenemos que subir lo que bajamos la víspera, al llegar á Térraba. El camino, que tal vez pudiera construirse directamente hasta Boruca, siguiendo el valle del río Grande, se aparta de él considerablemente y remonta la parte terminal de la cordillera costeña. Por una pediente bastante fuerte, que dura cerca de una hora, se llega al alto de Mano de Tigre, así llamado á causa de una impresión hecha en una roca que tiene esa misma forma [654 m.]. De allí se sigue por una meseta ligeramente ondulada, cubierta á veces de pastos y á veces de bosque, durante 6 kilómetros. Luego una serie de pequeñas alturas que llaman Alto de la Cuesta del Mojón, Alto de Boruca, etc.; tienen todas ellas una altura parecida: 679—701—692 mts., y desde sus cumbres se ve muy bien Buenos Aires y la gran extensión de las llanuras que la circundan. Más allá, la población indígena de Ujarrás, en el pie de la cordillera y en valle que forma al bajar por sus laderas el río Ceiba. También se ven los ranchos de la otra población indígena, Cabagra, en las faldas de Pico Blanco y á la orilla del río Cabagra. Por último, con rumbo N. y N. E. se destacan con mucha claridad las cumbres del Ujum y del Chirripó, de ordinario tan brumosas y nubladas.

Del alto del Boruca se tiene, por primera vez, el panorama de este precioso pueblo indígena; queda, por decirlo así, á nuestros pies y tiene toda la apariencia de un portal de nacimiento. La vista alcanza, sin embargo, mucho más lejos, hasta el propio Pacífico, distinguiéndose perfectamente hacia el lado Sur algunos puntos de la costa que parecen ser el extremo del Golfo Dulce.

Veinte minutos más y estamos descansando en la oficina del pueblo, gracias á la atención del juez de paz [532 m. sobre el nivel del mar].

El pueblo de Boruca está situado sobre un valle circular bastante ondulado, que no tiene otra salida que la de un canchilón que sirve de cauce á un pequeño río llamado La Quebrada. Como todas las aguas de esta región, las aguas de esta quebrada tienen un sabor muy desagradable y están infestadas además por los restos que allí arrojan los vecinos. Por esta razón algunos de los habitantes, los menos indolentes, prefieren ir á tomarla un poco más lejos, al E. del pueblo. El cauce de esa quebrada, como ya se ha dicho, es bastante profundo; pero lo que más llama la atención es que el río con su fuerza erosiva, ha ido dejando descubiertas algunas rocas de naturaleza basáltica, en que la forma cristalina se ve muy claramente. Desde una de esas rocas, al lado Sur del pueblo, se precipitan las aguas sobre un hueco de 40 mts. de profundidad y forman una preciosa catarata, que es uno de los atractivos mejores que tiene el lugar.

Boruca es el más original entre todos los pueblos indígenas de esa parte del país. Aunque se dedican sus habitantes á la agricultura, casi todos ellos son buenos marineros y muy atrevidos para navegar en los raudales del río. Los cultivos allí principales son el maíz, el arroz, frijoles, plátano y la yuca. Las tierras de cultivo quedan en los puntos de más fácil laboreo y á una distancia considerable para que los cerdos y otros animales no puedan llegar hasta ellos.

Como parte de sus costumbres agrícolas debemos considerar la especial manera que tienen los borucas de pagar el diezmo á su parroquia. Estos indios satisfacen este tributo en la forma de un cultivo común. Cuando se acerca la época de la siembra y se hace necesario preparar los terrenos del Común, el Juez de paz hace una citación general á los vecinos que se trasladan con sus mujeres y sus niños al lugar de los trabajos. Es una cosa curiosa el ver

la diligencia que muestran las mujeres en los trabajos, pues hacen una *tarea* igual, si no mayor, á la de los hombres, diferenciándose solamente en que mientras los hombres empuñan el hacha para cortar los árboles, las mujeres hacen uso del cuchillo para hacer la limpia de los matorrales. Estas faenas concluyen, sin embargo, al medio día, con una enorme borrachera producida con la tradicional chicha de los borucas, y se repite en la misma forma en la época de las cosechas. Los cultivos que de esta manera se hacen, alcanzan una extensión de unas doce manzanas, y contienen, en diversas proporciones, el maíz, el arroz, los plátanos, frijoles, etc., según la cosecha de cada uno de ellos en el año anterior y las necesidades del granero del señor Cura.

El pueblo de los borucas es sin duda el que ha podido conservar por más tiempo y desarrollar de mejor manera su fisonomía de pueblo indígena. Consta de unos cuatrocientos habitantes distribuidos en 70 ranchos pajizos, semejantes por su forma á los que ya hemos descrito para los de Ujarrás, con la sola diferencia de su mayor tamaño, sus divisiones interiores, el ser sus puertas generalmente de madera y el estar cubiertas á veces sus paredes de una mezcla de estiércoles y barro, como imitando el bahareque.

Si el suelo de Boruca no fuera quebrado como lo es y sus ranchos estuvieran dispuestos ordenadamente como en nuestras ciudades españolas; si en lugar de los trillos que van dejando en la sabana, algo así como los caminos que marcan las hormigas de un inmenso hormiguero, tuvieran calles simétricas y alineadas, esa población tal vez no podría ostentar el gran atractivo que tiene para el viajero que por primera vez la contempla desde el alto que domina la hondonada. Alegran más aquel paisaje los montecillos que circundan el valle y una iglesia de construcción moderna que se alza en la colina de mayor altura. Pero lo que da el verdadero sabor indígena á aquel simpático ranchario, es la originalidad de sus costumbres domésticas. Andan sus mujeres vestidas con decencia y pulcritud: una camisa corta que deja libre su falda, y una manta de algodón de colores vivos que se ata á la cintura y que se ajusta á las partes inferiores del cuerpo, tal es la costumbre nacional de los indígenas de esta parte del país. A haberlas visto á la salida de misa en día de fiesta religiosa, para la Concepción ó la Candelaria, en que las indias van vestidas con sus mantas y sus camisas nuevas, su cinturón de algodón tejido primorosamente como las mantas, por las hábiles manos de la madre ó de la abuela, llenas de flores las peinadas cabezas, que dejan caer hacia atrás las dos hermosas trenzas de su larga cabellera, el historiador don Gonzalo Fernández de Oviedo habría tenido para las indias de Boruca la misma exclamación que le



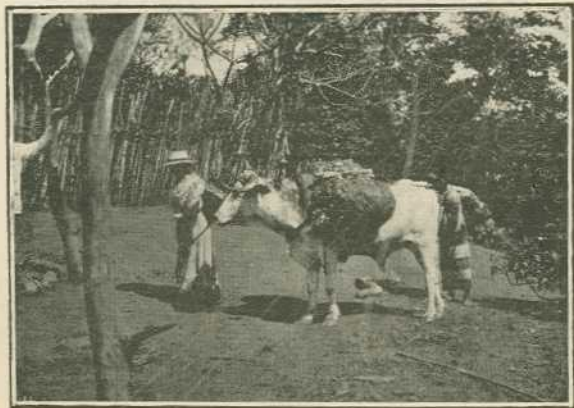
Un rancho en Boruca



arrancó la visita de las nicoyanas en 1529: "Estas mujeres son las más hermosas que yo he visto en aquellas partes."

Menos conservadores de su tradición, los hombres se han libertado de las preocupaciones de su raza y van vestidos de camisa y pantalones.

Los borucas han llegado á un estado intermedio entre el del matrimonio y el del amor libre. Practican generalmente este último por no pagar los cinco colones que percibe el cura por derechos eclesiásticos y viven en amancebamiento hasta el día en que cediendo á sus repetidas instancias, dejan que el cura santifique aquella unión que ya estaba consagrada por el afecto. Es admirable el espíritu de sumisión y la fidelidad de la mujer aun en el estado de amancebamiento. Hemos sido testigos presenciales de una escena doméstica, en que un hombre castigaba bárbaramente á su mujer sin que ésta exhalara una queja ni mucho menos protestara del castigo.



Costumbres de Boruca

Hemos asistido también á una boda en el mismo pueblo de Boruca. Siguiendo la costumbre corriente en el lugar, la fiesta principió desde el día anterior y duró toda la noche para continuarse en el propio día del matrimonio. Después de la ceremonia religiosa siguió el baile al compás de una orquesta que se componía de una especie de violín de procedencia chiricana, una guitarrita pequeña y un tamboril. Bailaban unos hombres con otros y muy rara vez con las mujeres. Entre éstas se distinguían las más viejas, que bailaban la interminable danza indígena, mientras las más jóvenes formaban corrillos en los patios ó atendían al cocido de la merienda, pues sería mirada como cosa inconveniente que una joven estuviera bailando en la misma sala en donde lo está haciendo su madre. Aquí un detalle curioso: á uno de los compañeros se le ocurrió aprovechar el momento de mayor entusiasmo para sacar una instantánea. Disponer la cámara para el caso y suspenderse el baile todo fué uno. La música dejó su sonsonete, los hombres se retiraron murmurando en su propia lengua, mostrando gran descontento. Al inquirir nosotros la causa de tan extraña actitud, se nos dijo que don Enrique (así llaman al señor Pittier) los había retratado muchas veces con la promesa de enviarles el retrato, y que no obstante eso, jamás habían recibido nada. La fiesta continuó en la tarde en la casa del novio, y no habiéndose agotado la provisión de chicha, siguió por dos días más en casa de los padrinos.

Los borucas son indios amables, comunicativos y generosos con el ladino ó (sikúa), especialmente las mujeres se aficionan á él con preferencia al de su misma raza. La mujer es el verdadero tipo del trabajador. Ella va casi todos los días al cultivo á llevar la comida, trabaja en él un rato y vuelve al caer la tarde cargada con la red ó, cuando menos, con el niño de leche á las espaldas.

Son notables entre ellos el aseo de las personas y el de las viviendas, así como el orden que reina en todos los muebles y objetos que constituyen el menaje de la casa. Las mujeres tejen admirablemente las mantas de algodón y las tiñen de colores vivos sacados del múrex (tinte del caracol) y de algunas plantas tintóreas. Tejen también las redes y hamacas, preparan el mastate con que se abrigan en las noches de frío y fabrican armas y lanzas, de que se sirven en la pesca y en la caza. Sus lanzas son de punta metálica ó del tronco de una palmera muy resistente llamada biscoyol, que ensamblan ó amarran en cañas de un metro y medio de longitud.

Los borucas son actualmente cristianos y han perdido por completo las costumbres belicosas que los distinguían en tiempo de la conquista. La Iglesia y el poder civil se hallan allí en íntimo consorcio y nada se hace sin el acuerdo mutuo del cura y del juez de paz. Hay en el alto del cerro de Boruca una cruz de madera que con sus brazos abiertos parece estar recordando á los habitantes que están bajo la férula de los ministros de Jesús. Como es natural, el cura se aloja en una buena casa, mientras que la escuela, que está mirándola de frente, es un rancho miserable. La Iglesia posee algunos ornamentos de época antigua, del tiempo de las misiones españolas y un registro eclesiástico que data de 1804.

#### DE BORUCA A LA COSTA

Habiendo permanecido tres días en Boruca, decidimos partir hacia el Lagarto, que es un puertecito fluvial sobre el río Grande de Térraba. Yendo hacia el Lagarto el camino es bastante irregular: hay que subir primero una pequeña cuesta y luego descender paulatinamente hasta llegar á él. En el Lagarto se encuentran dos ranchos y sus moradores poseen pequeños cultivos de plátanos y cereales. En este último trayecto hemos gastado algo más de dos horas, según podrá verse en el itinerario de la última etapa de nuestro viaje. El río en este lugar está encajonado en un lecho que parece haber sido formado por él mismo, pues los peñascos que se ven á uno y otro lado, invadidos á veces por el bosque, no tienen una altura considerable.

Nos embarcamos, pues, en dos pequeños botes que se alquilan en Lagarto para dirigirse al Pozo y de allí á Las Ajuntaderas, en donde nos esperaba el bondadoso agente de policía de Buenos Aires, don José M<sup>o</sup> Bermúdez con un bongo que para nosotros había ido á contratar. La travesía por el río se hace con mucha dificultad, debido al gran número de raudales que hay que descender, con peligro de que la barca se rompa y los equipajes se mojen. A veces el raudal es tan rápido, que es preferible bajar á tierra antes de aventurarse en su descenso. En el punto llamado Palmar, el valle del río se ensancha notablemente, permitiendo los cultivos, y encuéntrase unos pocos ranchos habitados por indios de Boruca, dedicados á la pesca. Llegamos al Pozo á las 5 y 45 p. m.; de este lugar en adelante, las mareas se hacen sentir ya, y esta circunstancia permite la navegación en bongos ó botes de gasolina.

El Pozo es la estación más importante en el curso inferior del río Grande de Térraba. El señor don Otto Herzich, con su socio el señor Riote, han establecido allí cultivos de arroz en grande escala sobre las tierras aluviales de la orilla derecha. Este caballero, que es el prototipo del agricultor alemán, nos recibió con la amabilidad que es habitual en él y nos dió importantes informes sobre los cultivos que tiene establecidos. Sus cultivos, sin embargo, no están exentos de las amenazas del río y de los vientos. Durante los meses de junio y julio, estos últimos suelen destruir los arrozales en lo mejor de su maduración. Respecto de la vecindad del río, que es aquí la vía de comunicación para sacar los productos, el señor Herzich tiene ya una experiencia bastante triste. El



año pasado, durante las grandes crecientes de octubre, el río le destruyó totalmente las cosechas, que él había estimado en 400 quintales, se llevó otros cultivos que tenía hechos en la orilla y su casa estuvo durante algunos días cubierta por las aguas, con gran peligro, por supuesto, hasta de su misma vida. No obstante estos reveses, no se ha desalentado todavía: hoy tiene una máquina trilladora y otra picadora que abrevian considerablemente las operaciones para sacar el grano de la granza. También hay en el mismo lugar muchos cultivos pertenecientes al cura de Terraba, el Presbítero Nieborowski, una máquina de aserrar madera y algunas lanchas para el servicio de trasporte por el río y aun por mar, hasta el puerto de Puntarenas.

Como tenemos que llegar esa misma noche á Las Ajuntaderas, nos vemos en el caso, por demás penoso, de rehusar la generosa hospitalidad que nos ofrecen los colonos del Pozo, y después de la comida nos embarcamos de nuevo. Muy cerca de las ocho de la noche llegamos al lugar, que por ser punto de unión de los diversos brazos en que el río se divide en su desembocadura, ha recibido el nombre de Las Juntas Ajuntaderas. Los bosques de los alrededores abundan en maderas finas, y en las selvas se encuentran algunas especies de hule, siendo la más común la llamada *hule macho*. Hay aquí una familia chiricana que posee algunos cultivos de arroz, plátanos y maíz; en los potreros de la orilla del río, invadidos por el zacate turbará, engorda una buena cantidad de ganado vacuno y la cría de cerdos que allí existe es más que regular. La señora posee además algunos botes y el bongo que va á servir para conducirnos á Puntarenas. Aquí permanecemos dos días, y después de los preparativos necesarios para la navegación, partimos de Las Ajuntaderas el día 1º, saliendo por el complicado sistema de las bocas. La vegetación de esta especie de delta es muy pintoresca y exuberante; la componen principalmente los extensísimos manglares, que con sus raíces aéreas van formando otro bosque á flor de agua no menos espeso que el de sus troncos y ramas. Esa manera de reproducirse por medio de sus raíces, les ha valido á los árboles el nombre de *Mangles Gateadores* con que se les designa, porque parece que gatean por encima de las aguas ya un tanto saladas del río.

El mapa de la región que comprende á esta última parte, ha sido levantado por el señor Pittier en una expedición posterior á la de 1891, y está bastante correcta. Sólo notamos unos pocos cambios que muy bien pudieron provenir de las avenidas que anualmente se efectúan. De las seis bocas: Boca Mala, Boca Brava, Chica, Zacate, Guarumal y Sierpe, no hay actualmente más que dos, por las cuales puede salir una embarcación sin peligro de la fuerte marea de la barra: Boca Zacate y Boca Chica; pero tanto en una como en otra es necesario esperar la alta marea y salir en el momento en que empieza la vaciante. Desde la boca del río Grande de Terraba hasta el puerto de Las Agujas, en donde desembarcamos, se gastaron poco más de dos días y medio.

Con nuestra llegada á Las Agujas terminó nuestra excursión que había durado 24 días.

He terminado, señores; sólo me resta dar las más expresivas gracias á la Directiva del Ateneo, por haberme brindado la ocasión de dirigiros la palabra, y darlas también á las distinguidas señoras, señoritas y caballeros que han tenido la singular paciencia de escuchar este pobre entretenimiento.

*He dicho.*

Fotografías de Alberto Rudín

